

Vitalidad

Beatriz Paredes

Me asombra la ciudad de México. O, mejor dicho, el pueblo de la ciudad de México me llena de admiración. La gente. Estos hombres y mujeres que conviven en una de las megalópolis más grandes del mundo, que resisten altos niveles de contaminación; que soportan horas de tráfico; que han visto deteriorarse su ciudad, degradarse la calidad del entorno, y resisten, y se esfuerzan, y no sucumben. Ahora, que la epidemia de influenza puso una vez más a prueba el temple de la población ciudadana, la intuición de la colectividad, su comportamiento responsable y con actitud cívica, una vez más, me deslumbró.

A los mexicanos cumplir las normas de la emergencia sanitaria nos "friquéaba", tal vez porque somos muy "apapachones" y el contacto físico forma parte de nuestra espontaneidad. Faltaba el fuerte apretón de manos, el abrazo. Y la ausencia de cercanía física dejaba filtrar el miedo.

La obediencia civil fue muy valiosa, pero no podemos cerrar los ojos a las lecciones de fondo que nos deja la epidemia, y a la posibilidad, no remota, de que en la época tradicional de gripes y neumonías, el invierno, vuelva a presentarse.

Hay muchos asuntos a debatir: ¿cuál es la verdadera situación de las instituciones de salud pública, especialmente en cuanto a equipamiento, suficiencia en insumos hospitalarios de calidad e higiene, medicamentos pertinentes y adecuadamente, surtidos? Es fundamental que no exista desabasto.

¿Hay correspondencia entre instalaciones, personal médico y paramédico, laboratorios y equipos?

¿Cuántos recursos se dedican a la investigación, y qué tan orientada se encuentra para la resolución de problemas reales? ¿Qué tanto apoyo hay para científicos e investigadores en el país? ¿Cómo está la industria nacional de producción de medicamentos y de vacunas?

¿Qué pasa con la educación para la salud; qué tanto fomentamos hábitos de higiene y de conocimiento y responsabilidad con nuestro cuerpo y buenas prácticas sanitarias en el ámbito escolar? ¿Cómo se encuentra el equipamiento básico de los planteles escolares, especialmente en cuanto a acceso a agua potable, sanitarios en buen estado, y espacios para practicar deportes?

Asomarse a muchos de los sitios de la ciudad de México, revela la necesidad de la existencia de una estrategia integral para que la capital de la República disponga de condiciones que propicien la buena salud de sus habitantes. Desde los miles de puestos informales ubicados en cualquier acera, que expenden alimentos, o en las decenas de improvisados tianguis, donde las conexiones de gas o electricidad "hechizas" o la confección instantánea de un lavadero portátil que tira el agua sucia al arroyo de la calle, puedan ser focos de enfermedades gastrointestinales, hasta la paradoja de la escasez periódica de agua en diversas áreas de la ciudad, y en muchas de ellas, falta de agua potable e inundaciones regulares, con el riesgo de encharcamientos que fermentan en nichos de enfermedad.

La basura, y su falta de procesamiento.

La basura, y la recolección tardía en camiones que la van desparramando.

La basura, y avenidas y calles repletas o tachonadas de desechos, porque no hubo servicio para recogerlos.

Y la enfermedad.

La alerta roja fue encendida por la epidemia. Es indispensable asumir una estrategia integral, compatible con el desarrollo económico de la ciudad, para garantizar que el Distrito Federal, no sea el espacio más vulnerable del país en materia de salud pública.

Las medidas extremas o vistosas en las emergencias, con un pueblo generoso y comprensivo como el nuestro, pueden aplicarse, pero no necesariamente solucionan el fondo; se apagó el fuego. Pero la molestia social y los rescoldos que deje el incendio no pueden ignorarse. Es hora de enfrentar los grandes problemas de la ciudad de México, de no hacerlo, la megalópolis podrá fracturarse. Y la vitalidad del generoso pueblo del Distrito Federal no lo merece.

correo@beatrizparedes.org

Presidenta nacional del PRI

